

sima de las injurias por boca, y ladrando, pronunció este veneno razonado: (1)

«Lo lícito y lo justo á muchos hacen,
Tolero, delincuentes, y padece
Castigos la fe honesta y verdadera
Cuando defiende gente perseguida
De la fortuna. Liégate á los hados
Y á los dioses, y asiste á los dichosos;
Huye los miserables. Como el fuego
Distra del mar, y el cielo de la tierra,
Así distra lo útil de lo bueno.
Toda la fuerza de los cetros muere
En empezando á obrar justificado;
Y el mirar á lo honesto desbarata
Las escuadras: el reino aborrecido
Sola la libertad de los delitos
Le defiende, y el dar licencia al hierro.
Hacer todas las cosas con (2) fiereza
No es lícito sin pena, sino, solo
Cuando las haces. Salga de palacio
Quien quisiere ser pio: no se juntan
La suma potestad y las virtudes.
Quien tuviere vergüenza de ser malo,
Siempre estará temblando y temeroso.»

No hubo fulminado esta postrer ponzoña, cuando levantándose Crisippo, dijo: «Por eso no quise yo ser rey, y respondí á los que me lo preguntaron con estas palabras: Si gobierno mal, enojo á los dioses; y si gobierno bien, á los hombres. No quiero oficio que de todas maneras se yerra.»

Galba, que estaba limpiándose unas babas, muy averido, con gran melancolía, dijo: «Algo de la lición se verifica en mí. Estábame yo, cuando se ardia el mundo, con tanta flemma como devoción sacrificando á los dioses, y Othon saqueando á Roma y usurpándome el imperio: yo asistía á la religión para ser emperador, él al robo vino por el atajo, y siguió la verdad del oficio; y yo acabé, como se ha leído, con mas desprecio que sentimiento; él se quedó monarca, y yo habera.» Hízole callar Domiciano, que traía arrastrando por una pierna al miserable Suetonio Tranquilo, y á grandes voces decía: «¡Cuánto peores son estos infames historiadores y coronistas, que aguardaban detrás de la vida de un emperador, y con su deshonor hacen lisonja á sus descendientes!» «Ahí se ve quién sois vosotros, decía Suetonio con sollozos mal formados, que os es sabrosa la ignominia de vuestros antecesores, como si para la vuestra no diera licencia el aplauso que haceis á la ajena.» «Señor, decía Domiciano, estos malditos coronistas no dejan vivir su vida á los reyes, y les hacen tornar á vivir entre su malicia y su pluma, como le conviene al lucimiento de su malicia. Este traidor insolente escribiendo la vida de que en la mayor parte él fué el delincuente, en la diferencia doce, tratando de mi pobreza y de que yo procuré socorrerme aliviando gastos y de mis vasallos, echa este contrapunto: (3)

(1) Jus, et fas multos faciunt, Ptolemaee, nocentes.
Dat poenas laudata fides, quem sustinet, inquit,
Quos fortuna premit. fati accede, Deisque,
Et cole felices, miseris fuge, sidera terra
Ut distant, ut flamma mari, sic utile recto.
Sceptorum vis tota perit, si pendere justa
Incipit: evertitque arces respectus honesti.
Libertas scelorum est, quae regna invisa tuetur,
Sublatiusque modis gladiis. facere omnia saepe,
Non impune licet, nisi dum facis, exeat aula,
Qui vult esse pius, virtus, et summa potestas
Non coeunt: semper metuet, quem saeva pudebant.

(2) fiereza (Todos los impresos.)

(3) Exhaustus operum ac munerum impensis, stipendioque, quod ad-
jecerat: tentavit quod, ad relevandos castrenses sumptus, militum

«Habiendo empobrecido con gastos en obras y en dádivas, y en los sueldos que habia crecido (¿Pues en qué ha de gastar un príncipe sino en dar, edificar y mantener la milicia con premios?), intentó, para aliviar los gastos militares, disminuir el número de los soldados; mas conociendo que por esto venia á ser enojoso á los extranjerios, desenfrenadamente sin reparar en algo, dió en robar de todas maneras.

«(¿Este es modo de hablar de los príncipes? ¿Qué se dirá de los infames ladrones? ¿No es bellaquería usar de un mismo vocabulario con el cetro y con la ganzúa?)

«Los bienes de los vivos y de los muertos, en todas partes y de todas maneras, por cualquier delito y acusador se agarraban; bastaba alegar algún dicho ó hecho contra la majestad del príncipe. Confiscábanse heredades remotas y ajenas de la acusación, con solo uno que dijese que habia oído al difunto cuando vivia que César era su heredero.

«Y es tan grande bellaco que escribiendo en mi tiempo osa decir estas palabras: (4)

«Siendo yo niño me acuerdo que por el procurador frecuentemente, y por el concilio, se miró si un viejo de noventa años estaba circuncidado.

«¿Qué culpa tenia yo del exceso de los ministros inferiores y de la demasia, y que me sucedan príncipes que consientan tal libro contra mí, que gasté mi tesoro y mi caudal y el tiempo en reparar las librerías que se me quemaron?» No lo hubo dicho, cuando con voz casi enterrada y acentos desmayados dijo Suetonio: «Si eso fué bueno, también lo dije. Mas ¿qué replicas tú, que dictando una carta para dar una orden, dijiste de tí propio: ¿Vuestro señor y Dios lo manda así? ¿Del divino Augusto y del grande Julio y de Trajano, qué virtud callé? ¿qué acción no encarecí? Si fuistes pestes coronadas, ¿qué pecado es acordaros vuestras (5) maldades? De vosotros teneis horror y asco, y no quereis ser contados los que fuistes padecidos.»

«Nadie se puede quejar dese verdugo de monarcas sino yo,» dijo un hombre de mala cara, feo, calvo y espeluznado, zancas delgadas y mal puestas, color pálida, talle perverso, y por las señas fué conocido por Calígula. «¿Qué maldad, qué sacrilegio, qué crueldad, qué locura no escribí de mí, las mas increíbles? Que estudiaba gestos para hacerme feroz. Mira si haria esto quien inventó los calzadillos para disimular las malas piernas (a); que porque no me vieses la calva era delito de muerte mirar desde arriba cuando yo pasaba, y decir cabra.» Por eso dijo Pisistrato: «Conociendo yo el pe-

numerum diminueret. Sed cum obnoxium se barbaris per hoc animadverteret: neque eo secius in explicandis oneribus omnibus haereret: nihil pensi habuit quin praedaretur omni modo bona vivorum et mortuorum usquequoque, quolibet et accusatore et crimine corripiebantur. Satis erat objici quaecumque factum diciturque adversum majestatem principis. Confiscabantur alienissimae haereditates: vel existente uno, qui diceret, audisse se ex defuncto cum viveret, haereditatem sibi Caesarem esse. (Lib. VIII, cap. 12.)

(4) Interfuisse me adolescentulum memini, cum á procuratore, frequentissimoque concilio inspiceretur nonagenarius senex, an circumsectus esset.

(5) obras? (Edic. de Valencia y Pamplona.)—acordaros las vuestras? (La de Barcelona.)—acordaros vuestras? (La de Madrid, 1648.)—Con la de Bruselas nos hemos conformado.)

(a) ¿Querria tal vez QUEVEDO hacer caer al lector en que también el duque de Lerma introdujo los zapatos cuadrados para disimular los grandes juanetes que tenia?

ligo que tenemos los tiranos en los que piensan y discurren sobre las vidas ajenas, en los doctos que se juntan, en los maliciosos que se pasean, (1) á los que en las plazas via pasear ociosos les preguntaba que por qué no asistían á alguna ocupación, y les decía: Si á tí se te murieron los bueyes con que arabas, toma de mi hacienda y compra otros, y vete á trabajar; y si eres mendigo y pobre de semilla, yo te la compraré, y siembra; temiendo que la ociosidad destos no me dispusiese asechanzas.

«Príncipes, al que no tiene que hacer compradle la ocupación, y con eso compraréis vuestra quietud; temed al que no tiene otra cosa que hacer sino imaginar y escribir. No es á propósito desterrarlos ni prenderlos; que calificais el sugeto, y va con recomendación su malicia para los malcontentos. Caudal hacen y pompa los maldicientes de la persecucion de los príncipes, y es precio de sus escritos vuestro enojo. Imitadme á mí, que á costa de mi patrimonio los ocupaba y divertía sus inclinaciones.»

Un condenado venia furioso, más que los otros, diciendo á voces: «¿Qué es esto? Llámome á engaño: ¿unos diablos tientan y condenan, y otros atormentan? Todo el infierno he revuelto, y no veo algun demonio de los que me tienen aquí. Dénme mis demonios; ¿qué es de mis demonios? ¿dónde están mis demonios?» No se ha visto tal demanda: ¡demonios buscaba en el infierno, donde se dan con ellos! Hundíase todo de alaridos, iba á decir de risa. Detúvole la dueña diciéndole: «Anima desdichada, si aquí te faltan diablos, ¿qué harás por allá fuera? Hártate de demonios.» Él abrió los ojos, y conociéndola, dijo: «¡Oh sobrescrito de Bercebús, pinta de satanases, recupera de condenaciones, encañutadora de personas, y enflautadora de miembros, encuaderadora de vicios, endilgadora de pecados, guisandera de los placeres, lucero de los diablos mundanos, que vienes siempre delante y amanece las lujurias! Tú sí que eres proemio de embusteros y prólogo de arregangos. ¿Dónde has dejado los diablos y las diablitas que me trajeron; que yo no soy tan bobo que me dejase engañar ni traer destos demonios con colas y cornudos y ahumados, con telas de cochinos y alas de morciélagos (2)? Mala munición es fiereza para tentar apetitos: una madre flechando hijas enherboladas, una tia disparando sobrinas como chispas, una niña con ojos en ristre, una moza asestando meneos, una vieja armada de moños en naguas, como de punta en blanco; un adulador, que es sí perpetuo de todo lo que se quiere, y amen de á letra vista; un chismoso, que es polilla de la quietud, y por cada maravedí da un cuento; que vive de llevar y traer como arriero, traginador de mentiras, que dice lo que no oye y afirma lo que no sabe, y jura lo que no cree; un maldiciente, picaza de las honras, que solo se sienta en las mataduras; un hipócrita, que haciendo mortí-

(1) Pisistratus cum in regnum esset evectus, accersi jubebat eos, qui in foro (deambulando, alque oliando) tempus tererent: et interrogavit, num quae causa esset ipsis in foro oberrandi? simulque dicebat: Si tibi boves aratores mortui sunt, de meo cope rursus arios, atque ad labores te confer: sin egenus et inops es seminum, de meo dentur tibi: veritus, ne horum olivum insidias aliquas pareret. (Aelianus: Variarum histor. lib. IX, cap. 25.)

(2) mala munición? Es fiereza para tentar apetitos una madre (Edic. de Barcelona.)—munición. Es fiereza (La de Valencia y Madrid, 1648, Bruselas y todas las posteriores.)

ficación la comodidad, y éxtasis los ahitos, y penitencia los molletes, y revelaciones los chismes, y oratorios las mesas, y desiertos los estrados, y milagros las curas, adivinando lo que le dijeron, y resucitando los vivos y haciéndose bobo para el trabajo, negociando con (3) Deo gratias y empuñando con la sombra, vive á costa de todos, y muere á la de Dios; pues pierde su parte en un (4) pícaro destos conventuales de la calle, que tienen por superior al vicio, la obediencia entre las sábanas, la castidad entre los manteles, la pobreza en el entendimiento. Dicen que dejan lo que tienen por Dios, y no es mal trueque, pues es para tener lo que todos poseen por el diablo. Este es (5) el diablo y estos son los diablos que me condenaron; y tú, maldita vieja, me los has de dar, que con esas tocas eres epilogo de demonios.» No habia desengañarle de la dueña, hasta que le mandaron callar, diciéndole el entremetido, de parte de Pluton, que se le habian subido las penas á la cabeza, pues las colas y los cuernos y las telas y el humo y el hedor de los diablos no le sabían á madre y á hijas, y á tia y á sobrina, y á adulador y á hipócrita.

No bien acabó estas palabras, cuando se oyó gran ruido de quicios y gran rumor de gente en infinita cantidad. Venian delante unas mujeres muy afeitadas, presumidas, habladoras y melindrosas, riéndose y mostrando gran contento. Acusólas el soplón de que pasaban la alegría hasta la jurisdicción del infierno: túvose á gran delito. Fuéles hecho cargo y preguntado que cómo venian entretenidas, y no llorando á la condenación. Una dellas, vieja y flaca, pellejo en zancos, dijo por todas: «Señor, nosotras veniamos tan tristes como se puede creer de mujeres traídas, á quien no han quedado sobre los huesos sino excrementos de los años y (6) lacras del tiempo; y condenadas (7)

(3) ser sucio, y empuñando (Edic. de Barcelona, 1633.)

(4) pícaro (Id.)

(5) diablo (Edic. de Valencia y Pamplona.)

(6) la caza del tiempo y condenadas. (Ediciones de Valencia, Pamplona y Bruselas.)—la cara del tiempo, y condenadas á heder (La de Barcelona y la de Madrid, 1648.—Las ediciones modernas dicen cara unas, caza otras. Creemos que la errata es manifiesta, y no nos hemos detenido en corregirla.)

(7) En la pila nos bautizamos, y el libro del bautismo nos hizo deshautizar; pero como vimos al pregonero que está á la puerta decir á gritos, señalando este reino: Ibi erit fetus, et stridor dentium: Alii será el lloro y el rechinar de los dientes.—dije yo: Buenas nuevas! que esto no se dice por nosotras, que no los tenemos, ni muelas. «Han quedado raigones, dijo la dueña? Pues eso basta, y la parte se toma por el todo, y desengañense las de la boca desempedrada, que no las ha de valer esta vez. Fuéron arrebatadas para yesca y encender con ellas de puro secas; y daban las niñas á narices como humo (1).

Mucho fué de ver, al irse á entrar, gran diversidad de gentes de todos los estados y oficios y dignidades: se les pusieron delante muchos licenciados con bonetes de pez y sotanas de humo, arrebozados con manteos de hollín hasta los pies, de manera que se echaba de ver que escondían algo. Era una cacería de tinieblas y un acompañamiento del humero. Detúvolos la novedad y el horror, y ellos muy cabizbajos, con voces muy agraz, dijeron: «¡Ah, caballeros! ¿quién trae librazza de misas? Diganlo primero que pisen el umbral.» Un hombrecillo, tan chico que parecia cabo de hombre, con una cara anegada en barbas, y unos ojos búzanos de vello, que apenas podían salir á nado de la avenida de bigotes y cejas, dijo á los demas: «¡Misas piden aquí? A buen lugar venimos: purgatorio me fecit.» Todos empezaron á repetirlo, cuando un doctor en cisco de los de la carda, dijo: «No purgatorien, que este es el infierno, y esotra casa se les queda ahí á mano dere-

(1) El texto debe de estar trunco. Acaso diria: y daban las tales niñas á las narices como humo.

(a) á heder de nuestra cosecha y á oler de acarreo: somos como niñas de ojos, que siempre son niñas aunque tengan cien años. Decimos que las canas son de una pesadumbre, las arrugas de una enfermedad; que estamos sin dientes de un corrimiento, y es verdad, pues lo estamos de años que han corrido por nosotras (b). Hémonos hecho reacias en los treinta años, y no hay pasar de allí en la cuenta; y en apretándonos, decimos: Aquí del moño, como aquí de la carda. » ¿Han quedado raigones? dijo la dueña: pues eso basta, y la parte se toma por el todo, y desengáñense las de la boca desempedrada, que no las ha de valer esta vez. » Fuéron arrebatadas para el Simancas de los muertos por auténticas. Vióse (1) allí cerca un hom-

cha. » ¿Pues cómo, si es el infierno, piden misas aquí? » Yo se lo diré (dijo muy corto de razones uno de los padres vizcaínos de tizne). ¿Viene ahí algún ladrón? Si (dijeron más de ochocientos). » Pues oigan. Cuando contaban los hurtos que hacían, ¿no se los reprendieron muchas veces, y ellos respondían: Qué hemos de hacer? ¿Guardar que se nos venga á casa lo que todos guardan? ¿Cómo se puede un hombre pasear, y tener amiga y dineros, y juego y vicio, sin servir ni oficio? » Y á esto que les decía el bien intencionado que los reprendía, decían (dijo uno de ellos): *Allá se lo dirán de misas.* » Pues, hidalgos, esas misas son las que se dicen aquí. El infame que en casa de su amigo le paga la confianza (1) solicitándole su mujer, y reprendiéndoselo respondía: ¿Qué he de hacer? ¿He de ir donde me aguardan con un lanzón á la puerta, sino donde me la abren y me estiman, y me regalan, y me llaman, y se fían de mí?—Cuando respondía esto, ¿no le dijeron: *Allá se lo dirán de misas?* Pues aquí es allá, y tenemos aceptadas las misas. »

«Canalla descomulgada, ¿hay entre vosotros algún hambro de pecados, que no teniendo hacienda bastante para sustentar su mujer y sus hijos se andaba de puta en puta, y de alcagueta en alcagueta, pagando á costa de su familia los adulterios, y cuando le decían: ¿Cuidad á vuestra mujer, mirad por vuestros hijos y familia, —replicaba: Mi mujer de casa es, y á mis hijos y á los demás no les faltará la merced de nuestro Señor: quiero holgarme? ¿No le dijeron: *Allá se lo dirán de misas;* y perseveró? Pues ea, malditos, entren, que es hora. » Y diciendo esto, sacando tizonos, empezaron á oficiar sobre ellos una paliza de difuntos, y en tanto que ellos se quejaban, sirviendo de órgano los alaridos de sus blasfemias, acompañado (1) de un tenor de un cuerno, un hombre gordo, cantando tiples desde un coro de fuego, decía:

Allá se lo dirán de misas.

Respondía una lechuza vestida de monacillo, con unos trancos de garganta por pasos, entre sorber aceite y cantar; y luego toda la capilla de horno, en tono de carretas de bueyes, con regüeldos por ajos, y gangosos por chirimías, dijo:

Que estas son nuestras misas, y sus penas.

Fué tal la armonía de palos, y gritos y cuernos y ronquidos, que parecía hundirse toda la fábrica maldita de los reinos dañados. » Gozando de la ocasión y del divertimento, etc. (Ediciones de Valencia y Pamplona.)

(a) Todo cuanto sigue hasta concluir este largo párrafo sustituyó QUEVEDO en una de las ediciones de los *Juquetes de la niñez*, á lo que acabamos de copiar al pie. En lo suprimido quiso rivalizar con los pintores J. Fratelli Orgagna, Jerónimo Bosco y Santiago Callot, pero cuerdate que no es esta la arena donde debe lozanear el ingenio y la travesura.

(b) Benavente en 1651 tradujo así estos mismos pensamientos en el galano y profundo entremes cantado *El tiempo*:

¡Válgate Dios por tiempo variable,
Pasando sin sentir, qué mal que haces!
—Duelos me hicieron vieja;
Que yo moza me era.
—Penas me hicieron cano;
Que no muchos años.
—No me hundió la boca el tiempo,
Sino corrimientos.
—No es de vejez tanta arruga,
Sino de una muda.

(1) Véase (Edic. de Madrid, 1648.) — Véase (La de Bruselas, y desde entonces todas.)

(1) solicitarle su mujer (Edic. de Valencia y Pamplona.)
(1) del tenor (Edic. de Pamplona.)

bron muy magro, cercado de mucha gente, atenta á muletas, traspies y tropezones y casi pinicos. Estaba gobernando los hervores de una gran caldera (c). «¿Quién eres (preguntó el entremetido), pupilero de achaques, sobrestante de tizonos, guisandero frison? » «Yo soy, dijo, *Pero Gotero*: esa es mi caldera, tan famosa entre los cuentos y los muchachos; estos que me asisten son los gotosos, aquella mi caldera, y aunque es grande, habré de ensancharla; que son muchos los que vienen á la caldera de *Pero Gotero* y muchos los que hay en ella. Unos se tiñen como los viejos, á quien acá llamamos los tiñosos de la edad; otros se cuecen, otros se guisan, otros se frien. » En esto dió tres ó cuatro borbotones la caldera, que casi se salía, y el buen *Pero Gotero* agarró por cucharón un esquiñe y empezó á espumar. Daba saltos en medio un bulto grande. «¿Quién es aquel, preguntó la dueña, que me ha llenado el ojo? » «Aquel, dijo el buen *Gotero*, es el *Punto crudo*, que há mil siglos que gasto con él lumbré y carbon, y nunca se ha empezado á calentar. » «¿Válate la mala ventura por *Punto crudo*, dijo el Soplón, y qué duro eres y qué maldito! ¿qué de veces te he topado yendo á pedir dineros, y me responden: Vuesamercé me perdone; que ha llegado á punto crudo! Si yo los debía, y venían á cobrar (2), y suplicaba me aguardasen, respondía el acreedor: Señor, el venir á cobrar ha sido tan á punto crudo, que no lo puedo suspender. Si pretendía algo, lo daban á otro y me decían: Si vuesamercé aguarda á hablar á punto crudo, ¿de qué se queja? Si solicitaba algún favor de alguna dama, me decía: Señor, vuesa merced llega á un punto tan crudo, que me ejecutan por dos mil reales. ¿Válate el diablo por punto crudo, que toda la vida me has atosigado con tus crudezas! Señor *Gotero*, cuézale vuesa merced hasta que se deshaga; y si no, ásele, y tenga asador como tiene caldera. » En esto empezó á alborotarse la caldera y á hacer espuma; viase un figurón danzando entre el caldo, y chirriando. Asíó el cucharón, y encajándole en el brodio, dijo: «Aunno está en su punto. » Dióle con él dos empellones, y zabullóse dando fieros gritos. «¿Quién es ese? » le preguntó la dueña. Y él respondió: «Este es un *Bienquisto*, que está el más desabrido del mundo, y no le puedo guisar con ninguna cosa. » Y ello era así, porque de lo hondo de la caldera daba unos gritos temerosos, y decía: «Yo soy el más necio, maldito y desdichado hombre del mundo. Puedo enseñar á majadero á un preguntador, y estoy por decir á un porfiado. ¿Que creyese yo que toda mi felicidad era ser bienquisto, cosa que aconsejan siempre los bribones y emprestilladores! Yo convidaba por ser bienquisto, y gastaba en tragos y bocados mi patrimonio con alabanceros meridianos, que alaban al paso que mascan. Yo prestaba cuanto me pedían sobre la nota de un billete sacabocados, por ser bienquisto. Yo pagaba por todos por ser bienquisto. En alabándome la espada, la gala, la preseca, la daba por ser bienquisto; y entre la hojarasca de: es un príncipe; no hay tal caballero ni tal mesa; no se habla en la corte en otra cosa sino en el plato; todos sino es vuesa merced son piojosos; y las dolencias de caballero badea, llamando despensero al lacayo, y cocinero á la ama, y mayordomo á un pícaro que

(c) Hé aquí *La caldera de Pero Gotero* de que hemos hablado en la nota preliminar del presente discurso.

(2) de mí (Edic. de Madrid, 1648, y de ella todas las posteriores.)

me servía con medida de compañero;—solo por ser bienquisto vine á quedar sin hacienda, sin qué comer, y hecho andrajos por ser bienquisto. Hombres del mundo, no presteis, no convidéis, no déis: pedid y agarrad, y ande el mogollón; que ser quisto no es tan bueno como ser guardoso, y ser rico es mejor que quistarse con los pidones. No hay cosa tan cara como ser bienquisto, ni de tanta comodidad y ahorro como ser malquisto. No lleven y gruñan, no coman y murmuren: ser caballero de ayuno es gran cosa; que alabanzas pasadas por hospital peores son que un vituperio por ahorro. »—Atajóle otra legumbre de la caldera, que nadaba entremetido con todo, bien descubierto; y sabido su nombre, era el *Pero*, fruta de los achaques y de la malicia, de quien se hace los postres á cuanto oye la calumnia: el *Pero* que no deja madurar ninguna honra ni crédito. —Doncella es, pero amiga de ventana; hidalgo es, (1) pero no sé qué me he oído; hombre de bien es, pero muy soberbio. —Y este *Pero* no hay lengua que no (2) se lleve, y los hay de invierno y de verano. Y oyendo esto, dijo *Gotero*: «Es tan agro el diablo, que me tiene hecha un vinagre la caldera, y él se está tan verde como al principio. » En esto arremetió á la caldera con un cobertor, y tapóla. Preguntáronle la causa, y dijo: «Están hirviendo ahí *Penseque*, aquel maldito que es discreto despues, y advertido sin tiempo, y otro pícaro que da mal sabor á toda la caldera y me tiene aturrido; que nisabe lo que se hace ni lo que se dice ni lo que se caldera, y siempre responde que *él ata bien su dedo* y solo trata de atar su dedo; y que como él ate bien su dedo le basta, y sería mejor que por loco le atase su dedo á él. Esto hace peor caldo que los mojigaticos que ahí están. »

Gozando de la ocasión y del divertimento, se entraron gran cantidad de gente de rondon, sin que nadie les dijera nada. Preguntó á un portero el soplón que cómo se entraban aquellos sin dar razón, y respondió: «Estos son los de *mi alma con la suya*, y así vienen en racimos: gente que se ofrece al infierno en vida, (3) sin saber cómo ni cuándo; y engañados de los embustes de

(1) pero muy soberbio (Falta lo demás en la edic. de Madrid, 1648, y de aquí en todas las posteriores.)

(2) le lleve (La misma edición y todas las posteriores.)

(3) y en viendo uno con la cabeza torcida, con un tarazon de disciplina, seguido de muchachos aunque sea malato, hociado de viejas aunque sea judío, obedecido de beatas aunque sea puta, luego dicen: *Mi alma con la suya* (3); (Edic. de Valenc. y Pamp.)

(a) Que todo el discurso es por demás alusivo, confirmalo con ocasión de estas líneas el *Tribunal de la justa venganza*. Sus autores fingieron que escribían en Sevilla, y zahieron por ellas de esta manera á QUEVEDO:

«¿Cuándo, desengañados de aquel buen concepto que hicieron por lo que habían visto, aquellos (los que creen en la santidad de los hipócritas) á quien está mordiendo con la historia que toca y sabemos todos; cuando otra vez desengañados en el segundo caso que *lucitamente refiere*, uno y otro de los dos Manueles, que conoció esta ciudad y otros pueblos de Castilla, —vió él que los obedecieron ni comunicaron? Pues si cuando parecían buenos no les era lícito juzgarlos por malos; y en probándoles judicialmente ser malos, abominaron sus delitos, ¿por qué los condena? »

La historia á que se alude es la que en el año de 1627 refiere Ortiz de Zúñiga (*Anales eclesiásticos y seculares de la ciudad de Sevilla*): el desenbrimiento de la secta de los alumbrados, hombres y mujeres que ejercían, con capa de santidad, muchos vicios. La inquisición sevillana penitenció el último día de febrero de aquel año, entre otros principales embelecadores, al maestro Juan de Villalpando, sacerdote, natural de Garachico, en la isla de Tenerife, y á la madre Catalina, beata carmelita.

Por entonces también ocurrió la ruidosa causa de San Plácido, en Madrid, de cuyas resultas y por el mismo delito de alumbramiento fueron castigados el vicario y la priora de aquel monasterio de beatas.

la hipocresía, luego dicen: *Mi alma con la suya*. Concédeseles la petición, y vienen aquí en romería, asidos unos de otros.

Maniatado y asido, con grande alarido y empellones, que llama el Calepino de los corchetes, traían muchos espíritus malos al *diablo de los ladrones*: grandemente acriminaban su delito. Pluton se mesuró, y un relator dijo: «Señor, este diablo no sabe lo que se diabla, ni vale un diablo, y es vergüenza que sea diablo, porque no trata sino de hacer que se salven los hombres (4). » Estremecióse todo el tribunal en oyendo la palabra *salven*. Refrescáronse las llagas, mordieronse los labios, y dijo el supremo maldito: «¿Y eso es cierto? » Y replicó el fiscal: «Señor, este no gasta el tiempo sino en hacer que roben y hurten los hombres: llévanlos á la cárcel, ahórcanlos, ó si son monederos falsos, quémalos: predícanlos, previenenlos, confiéñanse; sálvanse. Y este no pensaba que por la horca y por el fuego se podía ir al cielo, y en ahorcados y quemados ha usurpado infinito patrimonio á los tormentos. » «No hay que aguardar: eso no tiene respuesta, » dijo el presidente; mas el pobre diablo (que por este se dijo) replicó pidiendo que le oyesen. «Oiganme, dijo á grandes gritos, que aunque dicen: El diablo sea sordo, no se dice por vuesa (5) diablidad. » Callaron entónces todos, y él dijo: «Señor, yo confieso que se me salvan los ahorcados; mas recíbanseme en cuenta los otros que se condenan por condenar á estos, y no á sus compañeros ni á sus ministros. Yo con un ladrón que me ahorcan y se me salva, condeno al alguacil que le prendió, y se suelta á sí; al escribano que escribe contra el que hurtó á uno, y no contra sí que hurta á todos; al procurador que le defiende menos que le imita; y al otro que le condena, no porque no haya ladrones, sino porque no haya otro, no porque no haya muchos, sino por quedar solo á la república, que por quitar los ladrones, trae muchos otros. Sucede lo mismo que al que por limpiarse de ratones trae gatos, que si el ratón le roía un mendrugo de pan, un arca vieja, un poco de madera, un pergamino, —viene el gatazo, y hoy le come la olla y mañana la cena, y esotro día las perdices; y en poco tiempo suspira por sus ratones. A mí se me debe esta treta, y yo trueco un ahorcado á docientos ahorcadores y á tres mil viejas hechiceras que van por sogas y muelas: y mal entendido y peor agradecido. Yo estoy cansado; encomiéndenlo á otro, que yo me quiero retirar á un pretendiente. » Diósele toda satisfacción y fradiabla como fraterna á los acusadores, y dijéronle que no cesase, que no era tiempo de retirarse; fuera de que á un pretendiente ántes era tahona que alivio.

«Yo obedeceré, mas yo me entiendo, que con un pretendiente un diablo se está mano sobre mano y la boca abierta aprendiendo diabluras dél, sin ser menester para nada. (6) Es ir á recreación asistir á uno, y á la escuela de diablo, pues enseñan estos la cartilla de demonios á todos nosotros, y allí no hay sino aprender y callar.

Allí llegaron el diablo del *tabaco*, y el diablo del *chocolate*, que aunque yo los sospechaba, nunca los tuve por diablos del todo. Estos dijeron que ellos ha-

(4) siendo otra su intención (Edic. de Barcelona, 1655.)

(5) majestad. (Edic. de Valencia y Pamplona.)

(6) ¿Pues qué, si es pretendiente de obispado, cosa que dicen los cánones y Padres que no se deben dar á los pretendientes *et nihil tale cogitantes!* (Edic. de Valencia y Pamplona.)

bían vengado á las Indias de España, pues habian hecho más mal en meter acá los polvos y el humo y jicaras y molinillos, que el Rey Católico á Colon y á Cortés y á Almagro y á Pizarro; cuanto era mejor y más limpio y más glorioso ser muertos á mosquetazos y á lanzadas, que á moquitas y estornudos y á regüeldos y á vaguidos y á tabardillos; siendo los chocolateros idólatras del sorbo, que se elevan y le adoran y se arroban; y los tabacanos, como luteranos, si le toman en humo, haciendo el noviciado para el infierno; si en polvo, para el romadizo.

Detras destes dos venía el diablo del *cohecho*, y este diablo tenía linda cara y talle: cosa que no vi en otro, y era como un oro, y me parece que le he visto en mil diferentes partes, en unas arrebozado, en otras descubierto, llamándose unas veces niñería, otras regalo, otras presente, otras limosna, otras paga, otras restitucion, y nunca le vi con su nombre propio; y me acuerdo de haberle visto llamar herencia, ganancia, barato, patrimonio, reconocimiento y nada; y le he conocido en unas partes doctor, en muchas licenciado, entre mujeres bachiller, entre escribanos derechos, y entre confesores limosna.

Este venía con grande séquito, pretendiendo título de diablo máximo; mas se lo contradijo con notable satisfacion el diablo de la *consecuencia*, diciendo: «Yo soy el enredo político y la fallería de los príncipes y el achaque de los indignos y la disculpa de los tiranos. Yo soy tintorero de las bellaquerías, que las doy color, y lo atropello y tengo el mundo confuso y revuelto. Yo he desterrado la razon y hecho mérito la porfia y poderoso el ejemplo, y he dado fuerza de ley al suceso y autoridad á la bellaquería, y acreditado la insolencia.

«Para alcanzar un bellaco lo que á otro dió la iniquidad, en alegando: con otro se hizo,—dé un tapaboca á las consultas y á las advertencias, y á lo imposible saca de quicio; y mientras yo durare en el mundo, no hay que temer virtud ni justicia ni buen gobierno. Y ese diablo del *cohecho*, si no le arrebozo, ¿con qué cara se entrará por unas uñas graduadas y por unas hopalandas magníficas? Calle el pícaro; que el título de máximo diablo solo es mio.»

«¿Y yo, dijo otro, mondo virtudes como nispolas? ¿Soy de los diablos de mala muerte que se hallan detras de la puerta? ¿Conténtome con niñerías? ¿Valgo yo de embelecicos de á ciento en libra? Yo soy demonio de pocas palabras: cuatro razones diré, y hable quien se atreviere. Yo el tal diablo he hecho honra el ser cornudos, gracia el ser putas, oficio el ser ladron, ladrones los oficios.» Y entre tantos no hubo quien tomase la mano: todos callaron dando lugar á un diablazo, que asido de un hablador y de un vano y lisonjero, decía: «Déjenme entrar, que traigo...» «¿Qué traes?» dijo el entremetido. Respondió: «Estos dos.» «¿Quién son?» «Un hablador y un lisonjero y vano: son piezas de rey, y por eso los traigo al nuestro.» Viólos Lucifer con asco, y dijo: «¿Y cómo si son piezas de reyes! Mas aunque rey diablo, y diablo y archidiablo, no gusto desta gente.»

Desde léjos un demoñuelo decía: «Príncipe, seis años há que ando tras un ruin, y estan ruin, que no sé cómo lo acabe de destruir, porque de puro ruin no es para nada ni bueno ni malo. ¿Eso dudas?» dijo la dueña. Si es ruin ponle con honra; y acabarás con él, y él con el mundo. «¿Dijera más el diablo?» dijo el soplon. Respon-

dióle el entremetido: «Pues ¿qué le falta á la dueña?»

El soplon, que andaba en forma de cañuto aventando culpas, dió en un rincon con un haz de diablos viejos, y llenos de telarañas y mohosos: dió cuenta dello; no los podian despertar. Preguntáronles qué demonios eran y á quién estaban repartidos y cómo no hacian su oficio, y respondieron bostezando que eran los diablos de los enamorados; y que desde que el dinero cayó más en gracia á las mujeres que su honor ni los requiebros, se habian venido allí, porque la moneda suplía sus faltas, y que ántes embarazaban, pues una tentacion de talego vale por mil de diablo, y caen mucho ántes en una dádiva que en una tentacion, y ántes consienten en un toma que en un pensamiento (1).

«Yo soy el diablo de los *juzga-mundos*, de unos bellacos acechones, que tintos en políticos, son el *pero* de todo lo que se ordena. Bien fué mandarlo, pero se debia mirar. Bien mereció el oficio, pero... Gente que siempre acaba en peros lo que discurre. Son unos envidiosos de buena capa, y una carcoma confitada en estado. Y como estos para condenarse no aguardan sino que los príncipes manden algo, sus validos lo propongan, ó los consejos lo determinen, fiado en su maldita contradiccion á cuanto no ordena su malicia, me duermo, y los aguardo y los recibo, porque ellos no se duermen en venirse y en sonsacar á otros para que vengan. Gente tan infame, que para ser bienquistos dicen mal de todos, y para tener buenos dias desean á todos mal; pues como son más las desdichas que los gustos, siempre andan recibiendo parabienes de ruinas y desgracias.»

Bien le pareció á Pluton esta advertencia, y por remediarlo todo y prevenir los mayores aumentos de su dominio, mandó juntar las comunidades, repartimientos de sus prisiones; y obedeciendo á su señor, se vió junta una gran suma de espíritus infames. Entónces abriendo por boca una sima, aulló este razonamiento:

«Unión desesperada, pueblos precitos, los que cobrastes en muerte los estipendios del pecado, aquí se ha pretendido entre tres demonios el título de máximo. No lo he dado á ninguno, porque entre vosotros hay una diablo que lo merece mejor que todos.» Miráronse unos á otros; empezaron á discurrir con murmurio. «No os canseis, dijo, llamadme á la Buena dicha, que por otro nombre se llama la diablo Prosperidad.» Y luego de lo último de todo el conclave salió ella muy presumida y descuidada. Púsose delante, y en viéndola el re-

(1) Otro demonio estaba roncando, y el ruido propio le acensó. Asíéronle y preguntando cómo dormia sueño de cornudo, dijo: «Tres dias há que me acosté. Yo soy el diablo de las *monjas*, y quedan eligiendo abadesa. Y en tratándose deso no hay sino descuidar, que todas son diablos; y en el torno se hilan, y en las redes se ciernen; y ántes estorbara yo, porque las ambiciosas tienen por punta de honra que el diablo presume en este tiempo de hábil. Cuando acá falte desorden y alboroto y parcialidades y bando, y si la paz se aventurare alguna vez á asomarse acá, no hay sino armar al infierno una eleccion de superiora, y no nos conoceremos todos.»

Bien le pareció á Lucifer esta advertencia, y por remediarlo todo, etc.—(Edic. de Valencia, reproduciendo la de Gerona.—En la de Zaragoza de 1629 suprimió Quevedo el párrafo del diablo de las *monjas*, y lo substituyó con el del diablo de los *juzga-mundos* que queda inserto arriba. Por ello aquel no parece, y si este en su lugar, en la reimpression de Pamplona, 1631.)

(A pesar de que en la impresion, puede llamarse oficial, de los *Juquetes de la niñez* no figuró el diablo de las *monjas*, los autores del *Tribunal de la justa venganza* hicieron por él cargos á don FRANCISCO.)

belde serafin, el lucero amotinado, dijo: «Mando que todos vosotros tengais á la Prosperidad por diablo máxima, superior y superlativa, pues todos vosotros juntos no traeis la tercera parte de gentes (1) á la sima que ella sola trae. Esta es la que olvida á los hombres de Dios y de sí y de sus prójimos. Esta los confía de las riquezas, los enlaza con la vanidad, los ciega con el gozo, los carga con los tesoros, los entierra con los oficios. ¿En qué tragedia no reparte todos los papeles? Qué cordura, en llegando á ella, no se resbala? Qué locura no crece? Qué advertencia tiene lugar? Qué consejo se logra? Qué castigo se teme? Y ¿cuál no se merece? Ella alimenta de sucesos los escándalos, de escarmientos las historias, de venganzas á los tiranos, y de sangre á los verdugos. ¿Cuántos ánimos tuvo la miseria y el apocamiento canonizados, que en poder de la prosperidad fuéron insolentes y formidables! ¡Ah ministros! Reverenciadla y introducidla; y las almas que se mantuvieron humildes á prueba de prosperidad, no hay perder tiempo con ellas. Escarmentad en aquel diablo necio, que para tentar á Job pidió licencia á Dios para perseguirle, empobrecerle y plagarle. ¡Gentil maña, debiendo pedir licencia para aumentarle los bienes y el descanso y la salud! Que en el mundo el que alcanza todo lo que quiere, como no echa ménos á Dios para nada, aun para jurarle le olvida. Demonios, dijo empujando el aullido, publíquense desde hoy los trabajos y la persecucion porenemigos mortales del infierno: soñ milicia de Dios y medicina de su sabiduría y dádiva de su mano. El rico dice: Hay que comer y que guardar y que gozar. Y el pobre: ¡Ay Dios mio! ¡Dios me remedie! Y pide con Dios, y come por Dios; y al uno le llaman pordiosero, y al otro hombre sin Dios. Trabajos délos el sumo Señor; descanso y buena ventura y felicidad, vosotros.»

«Item más, para encaminar el buen gobierno os mando que ningun demonio pierda tiempo en las audiencias, tribunales y palacios, que los pretendientes y pleiteantes y aduladores y envidiosos mejor saben venirse acá y traerse unos á otros, que vosotros traerlos.»

«Ningun demonio se me arreboce con otra capa sino la de la comodidad, que es el calzador con que entrará á pocos estirones en la conciencia más estrecha.»

«Al dinero, en todas las partes que le toparen los demonios, sin exceptar ninguno, se levanten y le den su lugar, que importa: la causa es secreta, no nos oigan las faltriqueras.»

«La guerra se ha de estorbar por todos mis ministros en todas partes, que ejercita los ánimos, premia los virtuosos, ampara los valientes, aniquila el ocio nuestro amigo, y acuerda de los santos y de los votos. Diablos, en todo el mundo meted paz; que con ella viene el descuido, la lujuria, la gula, la murmuracion; los viciosos medran, los mentirosos se oyen, los alcahuetes se admiten, las putas, la negociacion; y los méritos se caen de su estado. Y no os fatigéis mucho en enredar los hombres en amancebamientos y gustos de mujer; que no hay pecado tan traidor como este, que apunta al infierno y da en el arrepentimiento cada vez; y las mujeres se dan mucha prisa á desengañar de sí, y los que no se arrepienten se hartan.»

(1) al infierno, que ella sola trae. (Edic. de Valenc. y Pamp.)

«Hijos diablos, asistid á mohatrereros y á usuras, á venganzas, á pretensiones, á envidias, y sobre todo os encomiendo la hipocresia, que es lazo de todas las cosas y de todos los sentidos y potencias; que no se siente ni se conoce ni se rehusa, y se premia y se adora.»

«Y sobre todo, acreditadme los chismes con los poderosos, y veréis lo que hacen y lo que padecen, y cuál ponen el mundo, y adónde van á parar.»

«Y esos emperadores y esos ministros no se junten más, y cada uno pene para sí mismo.»

«Los filósofos y los tiranos estén donde se oigan y se atosiguen, los unos con oprobios y los otros con sentencias.»

«Los soplonés sirvan de fuelles, y no de abanicos; aticen y no refresquen.»

«Los entremetidos sean piojos del infierno y coman á quien los cria, y hagan ronchas en quien los sustenta.»

Y mirando á la dueña, dijo: «Dueñas, déselas Dios á quien las desea: mirando estoy adónde las echaré (2).»

Los demonios y condenados que le vieron determinado á ruciarlos de dueñas, empezaron todos á decir: «Por allá, por acullá; dueña, y no por mi casa.» Escondiáanse todos, y bajaban las cabezas viéndose amagar de dueñas (3). Viendo este alboroto y temor, dijo: «Ahora estense así, y juro por mí y por mi corona, que al diablo que se descuidare en lo que he mandado, y al condenado que más despreciare mis órdenes, que le he de condenar á dueña sin sueldo. Estense baradas en ese zahurdon, y condenaré á los diablos á dueñas como á galeras.»

Con esto desaparecieron todos, atemorizados del castigo, y Pluton se retiró á su antigua noche, dejando á su familia horror, á sus estados leyes, y á los hombres advertencia, que si la logramos, podremos decir (2) que tal vez es medicina el veneno.

(a) Esta pragmática es el primitivo pensamiento que sugirió á Quevedo para su obra el título de *Infierno emmendado*. Nunca fué su ánimo que se entendiese aquí por infierno otro que el que la humana sociedad se labra en vida con el olvido de las divinas leyes y el desencadenamiento de los vicios y de las pasiones.

(b) Pesadilla perpetua de Quevedo y de Cervantes eran las dueñas, y esto en algun accidente de la vida de ambos ingenios pudo tener origen; bien que ni Mateo Aleman, ni Luis Vélez de Guevara ni otros muchos les eran más aficionados.

Decía el autor de los *Arrestos de amor*: «que la chismosa dueña fuese quemada, ó á lo ménos que le trazasen la lengua con un hierro ardiente, á fin que las otras tomasen ejemplo.»

El autor de *Cusman de Alfarache*: «Suelen ser las tales ministros de Satanás, con que mina y postra las fuertes torres de las mas castas mujeres; que por mejorarse de monjiles y mantos, y tener en sus cajas otras de mermelada, no habrá traicion que no intenten, fealdad que no soliciten, castidad que no manchen, maldad con que no salgan.»

Sancho Panza, bajo la fe de un boticario toledano, afirmaba: «que donde interviniessen dueñas, no podia suceder cosa buena; que todas son enfadosas é impertinentes, de cualquier calidad y condicion que sean;» opinando tambien el buen escudero que: «debía ser más propio y natural de las dueñas pensar juntamente que autorizar las salas.»

Véase con qué las compara, despues de llamarlas demonias hembras, Luis Vélez en el *Diablo cojuelo*: «Aquellas que vienen con tocas largas y anteojos sobre minotauros, son la Usura, la Simonia, la Mohatra, la Chisme, la Baraja, la Soberbia, la Invention, la Hazañería, dueñas de la Fortuna.»

(2) *Salutem ex inimicis nostris, et de manu omnium qui oderunt nos.* FIN. (Edic. de Pamplona.)